



Jalil Razayev/EFE

Una estudiante afgana sostiene una foto de Malala, la joven tiroteada por talibanes tras denunciar que se prohibiera la educación de las niñas pakistaníes.

Al contrario de lo que se pueda pensar, la historia y la cultura afganas no están tradicionalmente unidas al machismo y la discriminación

SER MUJER en Afganistán

Blanca Palacián de Inza

Analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos

Hostil, frío, oscuro y brutalmente opresivo. Así es en la actualidad el día a día para la mujer afgana, y ello pese a la Constitución de 2004 que en su artículo 22 declaraba la igualdad del hombre y la mujer ante la ley. Ser mujer hoy en Afganistán es un estigma, pero no siempre fue así. El país asiático aprobó el sufragio femenino en 1919, doce años antes que España, y la represión no ha sido siempre una realidad en la vida de las mujeres afganas.

Los informes de Naciones Unidas sobre las prácticas violentas y otros abusos hacia las mujeres en Afganistán (*Silence is Violence: End the Abuse of Women in Afghanistan*, de 2009, y *Harmful Traditional Practices and Implementation of the Law on Elimination of Violence against Women in Afghanistan*, de 2010) recogen un catálogo documentado de injusticias y horrores que se cometen contra las mujeres y las niñas afganas.

Los ejemplos son muchos. Aún hoy se obliga a una mujer violada a casarse con su verdugo, se permite la entrega o intercambio de niñas para arreglar disputas y no es extraño su asesinato o mutilación en caso de que se considere necesario para salvaguardar el honor del varón si, por ejemplo, han huido de un matrimonio violento o han sido violadas. La edad no importa.

Las violaciones de los derechos de las mujeres contradicen la religión islámica

La estricta observancia de estas prácticas crueles afecta por igual a mujeres o a niñas. Presionado por la comunidad internacional, el Gobierno de Afganistán promulgó en el año 2009 la ley EAW —Ley para la Eliminación de la Violencia contra la Mujer/ *Law on Elimination of Violence Against Women*—. Es, sin duda, la medida legal más importante dictada por el ejecutivo afgano para tipificar algunos de estos delitos y perseguir a los responsables.

No obstante, su alcance, de momento, es muy limitado. El informe de Naciones Unidas de noviembre de 2011 que evalúa la aplicación de esta ley (*A Long Way to Go: Implementation of the Elimination of Violence against Women Law in Afghanistan*), reconoce que sólo un pequeño porcentaje de casos ha sido perseguido.

Pese a que la condición social de las mujeres afganas ha mejorado, queda mucho por hacer. Continúan padeciendo dificultades en el acceso a la educación, el trabajo, la justicia y la sanidad. La ignorancia, el miedo y la escasa educación son los pilares que apuntalan, especialmente en entornos rurales, prácticas que violan los derechos de las mujeres y que contradicen incluso la religión islámica. Esta situación ya fue denunciada en 2009 por la política afgana Malalai Joya durante la presentación de su libro *Raising my voice (Elevando mi voz)*. «Es verdad que en determinadas ciuda-

des grandes como Kabul, Herat y Mazar-i-Sharif algunas mujeres tienen acceso a empleos y educación, pero en la mayoría de las provincias no sólo no hay nada de justicia, sino que la situación se vuelve cada vez más desastrosa. Hoy en Afganistán se matan mujeres como si fueran pájaros», declaró.

El informe *Tuve que escapar: Mujeres y niñas encarceladas por crímenes contra la moral en Afganistán*, publicado el pasado mes de marzo por *Human Rights Watch*, ofrece datos escalofriantes. La mitad de las mujeres en prisión y casi todas las niñas confinadas en centros de detención de menores han sido acusadas por los crímenes denominados «contra la moral». Son, en la mayoría de los casos, mujeres condenadas por huir de un marido violento o de un matrimonio forzado. En Afganistán basta con haber estado fuera de casa durante más de 48 horas para ser tachada de adúltera, una acusación que afecta a mujeres o niñas que han sido violadas u obligadas a prostituirse.

Y cuando no pueden o no se atreven a escapar, intentan quitarse la vida. El número de suicidios de mujeres y niñas no para de crecer. Afganistán es el único país del mundo donde se suicidan más mujeres que hombres. Solamente en Herat unas cien se inmolan cada año. En la pequeña unidad de quemados del Hospital de Herat, sin apenas medicinas y asistido esencialmente por personal voluntario, se hacinan mujeres que se prenden fuego tras rociarse con gasolina. Algunas para acabar con su vida; otras, en un intento desesperado por llamar la atención de maridos que las repudiaron o que se casaron por segunda vez.

MUJERES POLICÍA

Otra evidencia de la discriminación que padece la mujer afgana es su exigua, aunque creciente, participación en los cuerpos de seguridad. Uno de sus mayores problemas es el acceso a la justicia, inalcanzable de facto. En la mayoría de los casos los delitos que se cometen contra ellas no son ni siquiera denunciados. Conscientes de esa apremiante necesidad, los ministerios de Defensa e Interior afganos, la OTAN —a través de la misión de entrenamiento NTMA, *NATO Training Mission Afghanistan*— y la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF, por sus siglas en inglés: *International Security Assistance Force*), trabajan en constante colaboración para cumplir los cupos propuestos de mujeres en las Fuerzas Nacionales de Seguridad Afganas. Las policías podrían cachear a otras mujeres o a hombres que, disfrazados de ellas para evitar registros, esconden armas y explosivos bajo el burka. Su incorporación también incrementaría la seguridad de la mujer al abrísele una vía para denunciar un delito sin temor a ser acusada de un «crimen contra la moral» por el simple hecho de atreverse a entablar conversación con un hombre que no pertenece a su familia.

Los primeros pasos ya se han dado. Las autoridades afganas crearon en 2007 las Unidades de Respuesta a la Familia (*Family Response Units, FRU*), especializadas en la atención a la mujer víctima de la violencia, y que incorporan personal policial femenino. La medida, muy aplaudida al principio, chocó con una triste realidad: la escasez en recursos materiales y humanos. Actualmente existe presupuesto para dotar 83 de estas unidades, pero el problema, según la canadiense Tonita Murray —asesora de género durante tres años en el Ministerio de Interior de Afganistán—, es la insufi-



Pepe Diaz

La sociedad afgana obliga a la mujer a vivir recluida en casa y sin posibilidades de acceso a un mundo laboral dominado por los hombres.



Pepe Diaz



Pepe Díaz

Queda mucho por hacer para mejorar la condición social de la mujer afgana. Debajo, consultorio médico de la ISAF en la localidad de Qades.



Pepe Díaz

ciencia de mujeres policía que puedan ocupar estos puestos, por lo que, una vez más, son desempeñados por hombres. Según datos del mes de julio de 2012, el número de mujeres policía ascendía a 1.300. La mayoría trabaja en Kabul y otras grandes ciudades, pero en el entorno rural, donde las peores prácticas contra la mujer son más comunes, no está destinada ninguna.

Los objetivos del Gobierno para 2014 son cuadruplicar la cifra de mujeres policía, pero las resistencias culturales hacen difícil la tarea. Ser mujer policía en Afganistán tiene aún hoy demasiados inconvenientes. Muchas acuden al trabajo bajo un burka para no revelar su profesión, y otras ocultan a sus familiares su verdadera dedicación. Este panorama desolador es también consecuencia directa del difícil acceso de la mujer al mundo laboral, víctima de una sociedad que la obliga a vivir recluida en casa. Por este motivo muchas mujeres policías son viudas o esposas de maridos inválidos a los que deben mantener. Y en muchos casos, si la mujer accede al trabajo, es relegada a realizar las tareas menos cualificadas.

Por otro lado, la policía afgana es un cuerpo con escaso prestigio, conocido más por la corrupción y los abusos que comete

Muchas mujeres policías acuden al trabajo bajo un burka para no revelar su profesión

que por su tarea social. El salario es mísero y el ejercicio diario, peligroso, sobre todo para las mujeres, en ocasiones consideradas más como prostitutas sometidas a los abusos sexuales de sus propios compañeros, que como colegas de profesión. Sólo en estricto anonimato algunas se atreven a denunciar esta situación.

La realidad constata que la mujer en Afganistán accede al cuerpo de policía consciente de que su sueldo e hipotético ascenso dependen del consentimiento o no de estas vejaciones. Y no sólo eso. Las mujeres afganas que desempeñan funciones normalmente asumidas por hombres, como periodistas o policías, son con frecuencia intimidadas o incluso asesinadas. Este fue el caso de la agente de policía de mayor graduación, la teniente coronel Malalai Kakar, directora del Departamento de Crímenes contra la Mujer de la policía afgana, asesinada en Kandahar en el año 2008.

Pese a estos atropellos, muchas entienden su profesión como un servicio esencial a su patria y, en especial, al resto de mujeres afganas. Su presencia en las calles es un modelo de lucha y esfuerzo en un país donde el simple hecho de ser mujer es ya un acto heroico. Temen que en el camino hacia un acuerdo con los líderes talibanes queden aparcados los pocos derechos reconquistados, y que los cupos y leyes aprobadas sólo maquillen una descarnada realidad. Temen, en definitiva, que la promesa hecha en 2010 por la secretaria de Estado norteamericana Hillary Clinton —«no os abandonaremos, vamos a estar siempre con vosotras»— se la lleve el viento. ■



Las afganas agradecen el apoyo y la comprensión que reciben de las mujeres militares.

COMPROMISO con las mujeres afganas

España fortalecerá su integración social de cara al escenario post 2014

El futuro de Afganistán una vez que concluya la misión de la ISAF en diciembre de 2014, y con ella la presencia militar de España en el corazón de Asia, dependerá, en gran medida, del protagonismo de la mujer en la sociedad e instituciones afganas. Este es uno de los puntos en el que los países miembros de la OTAN coinciden plenamente, con independencia de que la ayuda económica y el apoyo al Ejército y Policía afganos sean factores clave para garantizar la viabilidad del país centroasiático y evitar una nueva guerra civil.

España prepara un Equipo de Apoyo a la Mujer (*Female Engagement Team*, en

la terminología OTAN) para fortalecer el proceso de integración social de las mujeres afganas en los dos años que restan para finalizar el repliegue de las fuerzas de la coalición. La primera aproximación al trabajo que desempeñará dicho equipo se desarrolló el pasado 20 de junio en la base de apoyo avanzado de Herat, con un encuentro entre una delegación de mujeres afganas —integrada por la jefa provincial del Ministerio de Asuntos de la Mujer, Gendarmería femenina y la Asociación de Viudas— y militares españolas.

El peso del trabajo para promover los derechos de la mujer afgana y su emancipación ha recaído durante estos años en las ONG y en los Equipos de Recons-

trucción Provincial (PRT, por sus siglas en inglés) repartidos por todo Afganistán, entre ellos el español ubicado en la provincia de Badghis. La Resolución 1325 de las Naciones Unidas del 31 de octubre de 2000 ha sido el instrumento en el que han apoyado su labor. Este fue el primer documento legal del Consejo de Seguridad que exigía a las partes en conflicto que respetasen los derechos de las mujeres y apoyasen su participación en las negociaciones de paz y en el proceso de reconstrucción post-conflicto.

Sólo a partir de septiembre de 2009 la OTAN implementó la citada Resolución mediante una Directiva que creó los primeros *Female Engagement Team* (FET, por



Un grupo de mujeres cubiertas con el tradicional burka a la entrada de una tienda en la localidad de Qala-i-Naw. Debajo, un médico militar español pasa consulta en el hospital *Role-2* de la base de apoyo avanzado de Herat.



sus siglas en inglés), si bien no se hicieron permanentes hasta el año 2010, principalmente en los contingentes norteamericanos. Su misión: estar en contacto con la población local femenina, organizar actividades de carácter educativo y sanitario, y desarrollar proyectos de integración para las mujeres afganas.

Con un sentido práctico, los ejércitos de la coalición se preguntaron: ¿qué mejor forma de ponerse en contacto con las mujeres afganas que a través de las mujeres militares? La experiencia piloto que cambió la percepción de la Alianza Atlántica se debe, en opinión de medios militares aliados, al PRT de Canadá en la problemática provincia de Kandahar, cuna de los talibán, que empleó mujeres militares para establecer contacto con una mujer afgana que visitaba la base de

Impulsar los Equipos de Apoyo a la Mujer es una de las prioridades de la OTAN

la OTAN para vender bisutería y productos locales. A partir de ese primer contacto se establecieron reuniones discretas con otras mujeres, en principio para conocer sus problemas y, poco a poco, para integrarlas en los foros de decisión civiles.

En el periodo 2008-2011 Canadá invirtió en la provincia de Kandahar 90 millones de dólares en proyectos de educación. En su balance del programa, el PRT canadiense daba por hecho que la educación de las mujeres «ofrece los mayores beneficios para el desarrollo de sus familias y para la sociedad».

La Alianza Atlántica se ha marcado entre sus prioridades impulsar el trabajo de los FET, al considerar que la perspectiva de género supone un valor añadido en la eficacia de las operaciones. De hecho, en la reunión anual del Comité de Perspectiva de Género de la OTAN celebrada el pasado mes de mayo, se elaboró un informe en el que se proponía formalmente al Comité Militar de la Alianza cómo y

La perspectiva de género supone un valor añadido en la eficacia de las operaciones

cuándo introducir esta perspectiva en el proceso de planeamiento de operaciones.

España se comprometió a desplegar uno de estos equipos, según anunció la subsecretaria de Defensa, Irene Domínguez-Alcahud, durante la inauguración el pasado mes de junio del I Curso Internacional de Asesoría de Género en Operaciones, dirigido a civiles y militares que van a participar en misiones internacionales (Información en el número 286, julio/agosto 2012 de RED).

En los diez años de presencia internacional en Afganistán la situación de la mujer ha cambiado para mejor, si pensamos que durante el régimen talibán (1996-2001) «las mujeres sólo podían salir de casa con el burka y acompañadas por un hombre». Así de contundente resume el cambio Farima, responsable de Asuntos de la Mujer de la provincia de Herat, al explicar ante el grupo de militares españolas integrado por oficiales y suboficiales los retos que afrontan. Apunta que el maltrato que padecen es tanto físico como psicológico, producto de «una sociedad bastante machista y empobrecida después de 30 años de guerra».

AMBIENTE OPRESIVO

En un país agrícola y apegado a sus tradiciones como Afganistán, la brecha se acentúa aún más entre el medio rural y las ciudades. A preguntas sobre cómo atajar el problema, Farima responde sin dudar: «reduciendo la pobreza y facilitando el acceso a la educación».

Una de las situaciones más terribles es el hecho de que las mujeres maltratadas no reciben apoyo de sus familias. Al contrario: el ambiente opresivo se produce, precisamente, dentro del propio entorno familiar, bien por parte de los parientes cosanguíneos o por la parentela política. Esto ha hecho aumen-

tar tanto el número de «mujeres fugitivas» que huyen de sus hogares como el de los homicidios. La violencia es tan intensa que algunas mujeres recurren a esta solución extrema para liberarse del maltrato de los maridos o de matrimonios forzados. Más de la cuarta

torales y desempeñar cargos oficiales. Fruto de estos avances es la posibilidad que tienen de intervenir en la elaboración de las leyes a favor de la igualdad, o de mediar en disputas familiares, participación que arroja buenos resultados en muchos casos.



El colegio femenino de Qala-i-Naw dispone de algunos ordenadores donados por las tropas españolas.

parte de las 700 reclusas de las cárceles afganas cumplen condena por el asesinato de sus esposos.

En estos años se ha trabajado con ahínco en dar a conocer los derechos de la mujer. La nueva Constitución afgana establece la igualdad de todos los ciudadanos ante la Ley, sin diferencia de género. Las mujeres pueden votar, ser candidatas en los procesos elec-

SANIDAD PRECARIA

No obstante, Farima reconoce que aún queda mucho por hacer. «La Sanidad es bastante precaria en las zonas rurales, lo que provoca que un altísimo número de mujeres muera al dar a luz; todavía no hay acceso universal a la enseñanza y hay tradiciones aberrantes, como casar a una niña de siete años con un niño de dos para conservar el patrimonio dentro de la familia, pese a que la ley establezca la mayoría de edad para el hombre a los 18 años, y para la mujer a los 16, pero esto en las zonas rurales no se cumple».

El peso de una cultura ancestral asentada en relegar a la mujer al entorno familiar es abrumador. Cualquier aspecto que se indague, deja al descubierto situaciones difíciles de creer para un occidental. Por ejemplo, las casas de acogida en Herat (una de las principales ciudades afganas, con más de medio millón de habitantes), donde residen un centenar de jóvenes huidas de sus hogares por no querer casarse con hombres mayores o, ya como esposas, ser maltratadas por sus maridos. En Afganistán son corrientes los matrimonios forzados entre chicas adolescentes de 12 ó 13 años y hombres de 50 años, que pagan a los padres de la novia determinadas cantidades de dinero como dote.

«Cuando una esposa escapa, el marido espera a que llegue la familia de la joven para devolvérsela», asegura una de las responsables de la red de acogida que prefiere mantenerse en el anonimato por temor a represalias. Preguntada



Encuentro entre una delegación de mujeres afganas y militares españolas celebrado el pasado 20 de junio en la base de apoyo avanzado de Herat.

por la capitán psicóloga española sobre el seguimiento que se hace cuando una de estas jóvenes es entregada de nuevo al seno familiar o al marido, Farima responde que se intenta hacer «un control quincenal mediante agentes de policía que se ponen en contacto con ellas para ver si son maltratadas, y disponen de un teléfono al que llamar».

Pero reconoce que los medios son insuficientes para evitar las consecuencias de esta situación. Son frecuentes los casos de adolescentes que al ver que sus padres no les dejan casarse con jóvenes de su misma edad y las destinan para personas mayores, llegan a desfigurarse la cara con lejía o productos químicos para evitar matrimonios no deseados.

ASOCIACIÓN DE VIUDAS

«No recibimos respaldo económico gubernamental, la mayor ayuda proviene de los Ejércitos de la ISAF y, en menor medida, de donaciones», contesta la responsable de las casas de acogida a una pregunta de la cabo María del Mar Flor. Pero los problemas no son sólo económicos. «En ocasiones son las propias autoridades religiosas quienes arremeten contra la labor que llevamos a cabo y nos vemos obligadas a avisar a la Fiscalía para que intervenga».

La situación de las madres viudas es un capítulo más de lo humillante que puede resultar la vida cotidiana de la mujer afgana. Testimonios que dejan sin aliento, como el relato de la responsable de la Asociación de Viudas de Herat, una joven que apenas llega a los 30 años, viuda del intérprete Roohulah Mosavi, muerto en septiembre de 2007,

junto a los soldados españoles Germán Pérez y Stalin Mera, al explotar una bomba colocada por insurgentes al paso del vehículo en el que viajaban.

Habla despacio, con voz suave pero firme para dar a conocer el calvario de las viudas afganas y el suyo en particular. «Cuando nuestros maridos mueren, perdemos la custodia de nuestros hijos, que pasan a vivir con la familia paterna. La familia de mi marido quiso quitarme a mi hija. Me dirigí a los Reyes de España, acudí a la Fiscalía y

En estos años se ha trabajado en dar a conocer los derechos de la mujer

he luchado con todas mis fuerzas hasta que conseguí tenerla a mi lado», afirma, mientras muestra orgullosa una foto de la pequeña en su teléfono móvil.

Su testimonio nubla los ojos de algunos de los asistentes al asegurar que se ha comprometido a ser «la voz de las viudas». Compromiso que la ha expuesto a duras y continuas críticas. «Llevo en todo momento el chador para no dar argumentos a quienes me censuran y me buscan para reprocharme que hable con ustedes, pero soy como el cristal, que cuanto más me rompan más cortante me vuelvo».

El escenario que se abrirá a partir de enero de 2015, una vez que las tropas de la coalición internacional se hayan retirado y comience una nueva misión centrada en el apoyo a las fuerzas de seguridad y la ayuda económica, provoca angustia entre el grupo de mujeres afganas asistentes al encuentro. «Afganistán necesita a la ISAF muchos más años», asegura concluyente Farima. «Cuando ustedes hablan de retirada, lo primero que se me viene a la mente es la imagen de cuando los talibanes gobernaban y las mujeres nos quedábamos en casa».

AGRADECIMIENTO A ESPAÑA

Tercia la representante de las viudas para señalar con un tono duro que si bien la ISAF ha mantenido «un compromiso muy fuerte con Afganistán, se va a ir sin cumplir dos grandes promesas: acabar con el cultivo del opio y protegernos de un vecino como Pakistán que nos sigue haciendo todo el daño posible». Coinciden en apuntar como herencia positiva «el desarrollo de unas leyes justas y modernas, la integración de la mujer en la sociedad, y el Ejército y la Policía que le pondrán muy difícil a los talibán la vuelta al poder».

Antes de despedirse quieren trasladar un mensaje de agradecimiento al Ejército y a España que «nos ha apoyado no sólo con medios materiales y económicos, sino con algo más importante para todas nosotras: sentirnos comprendidas por otras mujeres», concluyen al unísono.

Enrique Montánchez
Fotos: Pepe Díaz
(Especial desde Afganistán)